

DISCURSO

de aceptación del doctorado *honoris causa* de la UV

Arturo Ripstein

Pero a lo largo de este peregrinar de más de cinco décadas por los caminos del celuloide, siempre he procurado que mi labor sea guiada por la idea de que el arte es una prenda oscura y subversiva capaz de incendiar al mundo. Incendiarlo, no reinventarlo.

En el año 1621 Robert Burton, en su extenso volumen *Anatomía de la melancolía*, recetaba como remedio de este mal, entre muchísimas otras cosas, la contemplación de hermosas ciudades, callejuelas, teatros, templos y obeliscos, zoológicos y espectáculos de acróbatas y prestidigitadores, manantiales y piscinas, bailes de máscaras, juegos de pirotecnia y solemnidades como coronaciones y bodas, también el disfrute y la asistencia a batallas. Yo le añadiría el recibir un doctorado *honoris causa*.

Y aquí estoy, haciéndolo. Aceptando un doctorado, otorgado por una universidad, la Veracruzana, que siempre, desde mi primera juventud, formó parte de mi imaginario de la cultura y lo que la cultura debía ser. Era aquel México, pujante en ideas, entusiasmos,

rebeldía y alegría. Sí, alegría, por más que hoy parezca una palabra fuera de lugar. Las ediciones de la Universidad forjaron, entre otras cosas mis nociones de cultura y de literatura a partir de las cuales se delineó mi quehacer de director de cine. Por eso, que la Universidad Veracruzana me otorgue tal honor, es mucho más que gratificante. Es la ratificación de que existen a pesar de todo la cultura y el arte, siempre promovidas por esta institución que es a la vez venerable y briosa.

Y la existencia de la Cultura y el Arte, así con mayúsculas, siempre ha sido el motor que ha impulsado mi ya larguísima carrera. He llegado a un punto en el que me niego rotundamente a contar el número de películas que he dirigido. Muchas: buenas y malas. Varias

han merecido premios y reconocimientos; otras, desdén y críticas feroces. Sí: ha sido una carrera larga y divertida y tumultuosa.

Pero a lo largo de este peregrinar de más de cinco décadas por los caminos del celuloide, siempre he procurado que mi labor sea guiada por la idea de que el arte es una prenda oscura y subversiva capaz de incendiar al mundo. Incendiarlo, no reinventarlo.

El arte es subversivo o no lo es. Picasso insistió siempre en que el arte es peligroso. Sabía de lo que hablaba. Esas palabras se volvieron mis guías. Mías y del mundo en el que me forjé, de la literatura que leí, mucha publicada por esta institución, esta *alma mater* que a partir de ahora es mía también.

México era un regocijo. Los que hacían arte eran un grupo realmente explosivo. Yo era un jovencito y decidí aprender de ellos, seguirlos. Muchos se volvieron mis amigos. Queríamos hacer arte, hacer poesía. Nos abocamos a destruir el mundo, a formular preguntas, preguntas que no tienen respuesta, porque toda respuesta las disminuía, borraba su irreverencia, las despojaba de la ferocidad de la insurrección que tiene y debe tener el arte. En ese mundo, en ese universo se forjó mi alma de cineasta. El cine, un mundo oscuro y misterioso en el que el director es un demiurgo omnipotente y caprichoso que crea universos nuevos que destrazan el cosmos existente.

Pero necesito aclarar, es imperativo que lo haga, que ese arte poderoso, misterioso, revolucionario no es para nada un arte útil. Porque el arte cuando es útil a alguna causa, deja de ser arte. Gran paradoja de lo artístico: el arte solo *es* cuando se crea y se devora a sí mismo.

Por eso nada más lejano a mi carrera que filmar con propósito, con buenas intenciones. El arte con propósito se llama propaganda. Y nada más lejano a mi



Arturo Ripstein durante la FILU 2019. Foto cortesía de la Dirección de Comunicación de la UV

voluntad que hacer cine que tenga propósito. Buenas o malas, las intenciones acaban empujándolo al cine, convirtiéndolo en películas con mensaje. John Ford insistía: los mensajes se los dejo al telégrafo. Arte con un porqué, un para qué y un cómo, es arte domesticado. Arte con precio y con patrón. Complaciente, edulcorado, concesivo. Y que suele tener éxito comercial.

Lenin, en la época del fervor revolucionario cuando el cine, la literatura y las artes plásticas se pintaron con la paleta estridente y simple del realismo socialista y muchos escritores que no se alinearon fueron condenados al olvido, salió en defensa de Tolstoi. Sí, el revolucionario rescató de la piqueta al conde de juventud parrandera y vejez de santón arrepentido.

Afirmó Lenin que Tolstoi, el que nunca escribió sobre un protagonista ejemplar, emblema de la lucha de clases, era el más potente revolucionario de la literatura de la

De mis mejores maestros y mentores aprendí que uno debe evitar a toda costa traicionar lo que le dicen las tripas y el corazón y los ojos, mis instrumentos fundamentales. A veces pude cumplirlo.

Rusia de entonces. Lenin era lector y se le notaba; por ello se daba cuenta de que la magistral pluma del conde Tolstoi fue mucho más importante que las de decenas de famosos y célebres artistas complacientes. Y con una defensa de no más de una página salvó a Tolstoi del suplicio del descrédito que hizo añicos a generaciones de escritores y artistas magníficos rele-

gados al olvido, al ostracismo y, en ocasiones, a la muerte. Lenin tenía razón: el único propósito del arte es el despropósito.

De mis mejores maestros y mentores aprendí que uno debe evitar a toda costa traicionar lo que le dicen las tripas y el corazón y los ojos, mis instrumentos fundamentales. A veces pude cumplirlo.

Decía que he filmado, y filmado mucho, y siempre he intentado que la realidad no reduzca mi cine, mi cámara, mis sueños, mis pesadillas. Lo dije alguna vez: prefiero la realidad de mis pesadillas que las pesadillas de la realidad.

Hoy, ya viejo, de pelo blanco y con una carrera a cuestas, quiero agradecerle a mis maestros, los antiguos de entonces, y ahora mismo a un puñado de cineastas más jóvenes que yo, que me sigan enseñando el rumbo por el cual se filma con la ambición de hacer poesía, de hacer arte. No podemos, no debemos someterlo. Convertirlo en instrumento de

las buenas conciencias y las mejores intenciones.

No he hecho otra cosa que filmar. He hecho de todo: historias de amor, dramas religiosos; he hecho comedias y melodramas. He hecho de todo.

En mis películas nunca di consejos ni advertencias. Tengo, por supuesto, opiniones sobre cualquier cosa y que son firmes y feroces. Nunca filmé mis opiniones, porque las mías suelen ser volátiles. Mejor filmé aquello a lo que me obligaba mi mirada. Porque el cine, más aún el cine surgido por el mecenazgo de Estado, tiene un solo fin y propósito: hacer arte. Arte que no está en las respuestas, sino en los interrogantes. Arte que concita la reyerta y la contradicción, no la armonía.

Y aclaremos cuál es el papel del Estado y su mecenazgo en el financiamiento del arte y la cultura, y muy particularmente en el cine, que es un arte caro, caro y muy frecuentemente confundido con una industria como la automotriz o la cervecera.

El mecenazgo del Estado no es una dádiva generosa. No es una limosna con aquellos recursos sobrantes que nosotros, los que hacemos cine, o teatro, o pintura, o poesía, debemos sumisamente aceptar y agradecer. Es un deber del Estado. Así tiene que entenderlo la sociedad, así tiene que entenderlo el gobierno. Nosotros, los que hacemos cine, le hemos dado rostro e identidad a nuestro mundo y a nuestros contemporáneos. Debemos, necesitamos seguir haciendo cine y con él tener nombre, voz, semblante. Somos el espejo oscuro que refleja y se refleja. El cine es nuestra cara pública. Con ella nos conocen los de afuera. El cine nos hace familiares, próximos, entrañables. Es,

El cine no es un bien prescindible al que se le tomará en cuenta cuando vengan tiempos mejores.

Porque cuando pensemos que han llegado esos tiempos mejores, ya no sabremos para qué los queremos. Habremos perdido el rostro, la voz y el alma.

también, nuestra voz privada. Con ella nos vemos a nosotros mismos. Sobre esa voz y ese rostro, comentamos nuestro proyecto de nación.

El cine no es un lujo del que se puede prescindir. No hay crecimiento sin cultura. No hay desarrollo sin cultura. No hay democracia sin cultura. La cultura es la única opción que tenemos para enfrentar la barbarie.

El cine no es un bien prescindible al que se le tomará en cuenta cuando vengan tiempos mejores. Porque cuando pensemos que han llegado esos tiempos mejores, ya no sabremos para qué los queremos. Habremos perdido el rostro, la voz y el alma.

El cine es un arma. Un arma delicada, fina. Lo sabemos. Lo sé. Llevo más de cincuenta años haciendo cine, intentando pergeñar arte. No sé si lo he logrado o no, pero lo que me enorgullece en esta larga carrera es no haber dejado de intentarlo.

Por ello, en ocasión de que la Universidad Veracruzana me otor-

que el doctorado *honoris causa* que tanto me honra, quisiera aprovechar la ocasión para defender al arte sin propósito, al cine sin causa. Defender la necesidad de darle alas a los creadores, cualquiera que sea la catadura de su origen social, sus creencias y posiciones, para que creen sus obras en libertad, para que hagan arte, ese arte que revuelve las entrañas, que destruye y que no propone salidas pero que nos inunda de belleza.

Suele creerse que las artes y la cultura son productos suntuarios, por lo tanto prescindibles, postergables, ignorables. No es así. La humanidad se define por e incluye al arte desde Altamira hasta los museos más recientes y la calle misma. El arte es el bisturí para indagar en las entrañas del *todo* social, de la humanidad. El arte es el cemento que le da coherencia a las sociedades, pero no por los caminos que propone, sino por los interrogantes que plantea. El arte le da estructura a la realidad, y esto es lo que nos permite saber quiénes somos.

Hoy, en este momento de coyuntura en el país, no podemos, no debemos desdeñar al arte y dejarlo al final de nuestras prioridades porque ese arte que nos da cimientos, que nos permite indagar dentro de nosotros, es imprescindible compañero de camino. Es nuestra mirada, nuestra humanidad.

La Universidad Veracruzana ha sido un faro en el mundo de la cultura mexicana. Le agradezco a mi nueva *alma mater* este doctorado y las lecturas que me dio.

Y antes de bajar del podio no puedo dejar de mencionar a mi esposa, hija y nieta de xalapeñas de pura cepa. Ella no me lo perdonaría y me guardaría un odio jarrocho largo y aterrador. Muchas gracias. **LPyH**